



RICARDO CHÁVEZ CASTAÑEDA¹

Middlebury College - rchavez@middlebury.edu

Artículo recibido: 9/09/2010 - aceptado: 25/09/2010

LA TRISTÍSIMA LITERATURA

RESUMEN

La literatura existe para hablar de las problemáticas humanas sin resolución. Lo que heredamos siempre son malas noticias: si del amor, que nos destruye, nos ensucia, nos condena; si de la vida, su indiferencia, su crueldad, su engaño, su violencia; si de la muerte, que nos busca, nos encuentra, nos devora y nos olvida. Toda historia es un triste legado para que las nuevas generaciones humanas no olviden lo que importa y principalmente para que se ocupen de cambiar estas tragedias que no cesan de ocurrir en nuestras existencias. Por eso la buena literatura es aquella destinada al olvido, las historias son un mal regalo en espera de un buen regalo: ser destruidas, y nosotros los escritores no tenemos sino un futuro: desaparecer.

PALABRAS CLAVE: Escritores, historias, tragedias, herencias, regalo.

ABSTRACT

Literature exists in order to discuss human problems that have not been resolved. We inherit negative baggage: love destroys, stains and condemns us; life is characterized by indifference, cruelty, deceit and violence; death searches for us until it finds us, only to devour us and forget about us later. Every story is a sad legacy of events that serve to remind the new generations about what is really important, so that they can try to change their tragic course. It is for this reason that good literature is that which is destined to be forgotten. Stories are a negative gift that awaits a positive one: their destruction, and in consequence, the sole destiny of writers is to disappear.

KEY WORDS: writers, stories, tragedies, inheritance, gifts.

¹ Ricardo Chávez Castañeda, escritor mexicano, tiene más de 30 libros publicados, con los cuales ha obtenido importantes reconocimientos internacionales: en Argentina el Premio Borges de cuento; en España fue Finalista del premio Hammett en un par de ocasiones y obtuvo también los Accésit del premio internacional de cuento «Aresti» en dos años consecutivos; fue merecedor en Cuba igualmente en dos ocasiones de sendas menciones honoríficas «Casa de las Américas» en el premio de novela y en el premio de literatura juvenil; en Ecuador ganó el Premio en la bienal internacional de literatura infantil y juvenil. En México, asimismo, su obra ha sido distinguida con los premios nacionales más importantes del país

No existe mejor imagen para conceptos como *Tradición* y *Ruptura* que una infinidad de seres humanos, alineados desde tiempos inmemoriales para llegar hasta el día de hoy, pasándose de mano en mano un acto, o, como si de un beso se tratase, de boca en boca una palabra.

Es una bella imagen si se piensa en el amor, en el maíz, en la cuna y en las demás agraciadas creaciones humanas.

Tradición, poner las manos y poner la boca.

Y, sin embargo, en ocasiones, aquello que viene dándose de persona en persona, infringiéndonos unos a otros desde el pasado, son el resentimiento, la bala, el ghetto y todas las demás creaciones humanas no de la gracia sino de la desgracia.

Ruptura sería entonces romper la fila y retirarse para que aquello no pase por mí.

Lo que trato de decir es que este mundo –y bueno, el lector sabe lo que es este mundo– ha pasado por nuestras manos y por nuestros labios, nos guste o no nos guste, queramos o no saberlo.

De esta tradición y ruptura quiero hablar hoy. De la responsabilidad de todo un mundo pasando o no pasando a través nuestro.

Una de las primeras malas enseñanzas que se nos inculca en el oficio literario es que hay muy pocas historias que nos interesen a los seres humanos. Se habla de una decena, a veces de un poco menos, pero se concuerda en que, quienes contamos, no hemos hecho nada distinto que repetir, como un coro o como un eco plañidero, la vieja historia del amor finito, la trágica historia de la muerte, la infinita historia de la traición. Otra de las malas enseñanzas del oficio –acaso la peor– es que la felicidad no puede escribirse; es decir, que la literatura que narra no sabe recoger la felicidad.

(Premio Nacional de cuento «San Luis Potosí», Premio Nacional de Novela «José Rubén Romero», Premio latinoamericano de cuento, Premio Nacional de literatura infantil «Juan de la Cabada», Premio Nacional de Literatura juvenil «FILIJ», Premio «Ciudad de la Paz» de novela y menciones honoríficas en los premios Gilberto Owen, Planeta, Sor Juana Inés de la Cruz).

Nunca, sin embargo, me fueron entregadas juntas estas dos enseñanzas quizá porque, así, hechas nudo, crean algo parecido a una triste bofetada. ¿La bofetada?: de esos escasos temas que son pertinentes para los seres humanos, los relatores de historias no somos sino los mensajeros de sus malas partes; si hablamos del amor, contamos que nos destruye, que se ensucia, que nunca se sale bien librado de allí; si narramos la vida relatamos su indiferencia, su crueldad, su engaño, su violencia; si apalabramos la muerte es para relatar que nos busca, nos encuentra, nos devora y nos olvida. Las rancias malas nuevas de la humanidad contadas y recontadas gracias a nosotros.

Sucede que además de la mano en mano con que nos heredamos los actos y de la boca en boca con que nos heredamos las palabras, hay también un relevo de aquello que nos acontece a las personas, las gracias o desgracias de la experiencia humana que venimos transmitiéndonos desde tiempos inmemoriales para no olvidar ni lo que somos ni aquello de lo que estamos hechos.

Ahora viene lo difícil de explicar. Las historias son cicatrices, una marca. Exponerse a una historia es entonces ofrecer la propia piel para que la cicatriz sea fijada allí como tatuaje.

He aquí entonces los dilemas de la tradición y la ruptura en este plano de las historias.

El primero: dar o no dar la propia piel. Tal es el dilema para los lectores.

El dilema para los escritores es perverso: contagiar a las personas con esta herida mía por siempre abierta o bien dejar a la gente mía en paz de mí.

Ante la disyuntiva de contagiar o no el dolor, dos mujeres lo han dicho todo. Elizabeth Costello, personaje creada por el escritor sudafricano Coetzee, arguye que hay historias reales o ficticias que jamás tendrían que ser escritas, y cuyo contenido, por supuesto, nunca de los nunca debería compartirse; historias como trampas de las que no se sale indemne pues pervierten, corrompen, dañan a quien se expone a ellas. Elizabeth Costello pugna entonces por el silencio y su argumento es que los seres humanos debemos cuidarnos los unos a los otros. Susan Sontag, cuando viva y cuando joven, pensaba parecido. Ella, específicamente refiriéndose al arte de la fotografía, y en concreto a la fotografía testimonial de la guerra humana, defendía esa otra variante del silencio que es la lámina blanca: no preservar ciertas imágenes abominables porque ningún ojo humano

que recayera allí podría levantarse jamás. Cerrar los ojos, apagar la cámara, auto censurarse por mí y por todos los míos que son ustedes, era su principio ético. Y sin embargo, antes de morir, Susan Sontag envejeció y entonces cambió radicalmente su postura: todos debemos ver el mundo que hemos creado, no podemos dar a nadie la oportunidad de sentirse a salvo de lo que sucede sobre la faz de la tierra, somos –sin distinción– responsables. Las palabras que privilegió Susan Sontag por encima del «cuidarnos los unos a los otros» fueron «entérate y responsabilízate de tu obra». Tal fue su boca a boca antes de fallecer.

He aquí pues el dilema para quienes nos dedicamos a contar historias: llevar o no la herida a los otros.

Sucede que existe una tercera terrible revelación en el oficio de ser artista –misma que nadie te enseña pero a la que tarde o temprano desembocas por propia mano, por propia boca, pero sobre todo por propia cicatriz–. Tercer terrible saber: en realidad nunca hubo decisión, voluntad, vocación, iluminación, inspiración y demás agudas mentiras que te cuentan la historia de cómo naces artista. La verdad es que alguna vez el mundo te pasó por encima y no supiste morir. Entre las muchas llagas incurables resultantes de tu tragedia, te ocurrió la inevitable ceguera. Coágulos donde tenías ojos; oscuridad donde había luz.

«Pero veo», te defiendes, me defiendo, nos defendemos, «yo veo».

Digamos que es una especie de milagro, o al menos así lo parece en un principio. Imagínenlo: la luz adentrándose por el cuerpo a través de las heridas que te abrió el paso del mundo y tú reaprendiendo a ver el mundo con esos agujeros en la piel. La verdad es que los hilos de luz que te penetran no son luz, y las heridas no son ojos, y aquello que contemplas –tarde o temprano lo descubres– no es el mundo sino la espalda del mundo. El único horizonte desplegado para tu eternidad: la espalda mundo que te pasó por encima y se aleja indiferente.

Ahora estoy más cerca de la verdad. Imaginen una plasta humana en el suelo que ni supo morir ni quiere morir aún, y que aunque ya no tiene posibilidad de subirse a la rodante fiesta del mundo, está debatiéndose entre gritar o no.

Tradicción o ruptura: acallar el impertinente dolor o darle voz. Es decir, hacer llegar o no los alaridos a quienes allá adelante –aún aupados, aún girando– no han acabado de entender que nada puede estar bien si para que el mundo continúe con su rotante fiesta se precise ir dejando atrás tanta aplastada humanidad.

Enloqueces.

«Enfermedad», «demencia», «perversión» nunca ha sido adjetivos gratuitos a la hora de calificarnos. Y es que justamente cuando descubres por qué haces lo que haces y por qué eres lo que eres —«artista», hacedor de «arte»— viene la última enseñanza: la duda. Y aprendes a dudar y es esto lo que dudas: ¿es el grito la tradición o es el grito la ruptura? Es decir, ¿es el silencio lo que debemos darnos los seres humanos de mano en mano, de boca en boca, de piel en piel, para cuidarnos y poder seguir viviendo esta vida a pesar de los pesares, o es el silencio lo que hay que romper, desbaratar, hacer pedazos con las manos, con la boca, con cada porción de piel?

Por supuesto que alguien en el tormento del sufrimiento se inclinará por el alarido. ¿Pero es esa razón suficiente? ¿Es el arte un mero pretexto para la impertinencia de seguir vivos y continuar aullando un dolor que no sirve para nada ni para nadie?

De este punto en adelante, mis palabras no son confiables. Hay demasiado puesto en juego aquí para que un puro afán de honestidad y una sincera —y seguramente impertinente— confesión garanticen algo más que una verdad personal, con la cual he estado buscando un boca a boca no para dar sino para recibir respiración.

He aquí, pues, mi reducida verdad.

Los aplastados por el mundo tenemos tres opciones. Primera opción: aplastar a otros —que es una manera de heredar una tradición—. Segunda opción: silenciarte y morir —que es un estilo de ruptura—. Tercera opción: intentar hacer algo con el aplastamiento que te ocurrió para que salpique más allá de tu reducido diámetro. Es decir, convertir tus gritos en algo que pueda ser pasado de mano en mano como una caricia o de boca en boca como un beso. Ni tradición ni ruptura sino la amalgama de ambas, como un nudo, como un bofetón: la tradición de romper, la tradición de la ruptura.

Quien ha sido aplastado no es nunca un ser pacífico ni benévolo ni agradable ni cómodo.

Sería pedirnos demasiado.

Quienes optamos por la tercera opción que es la tradición del romper con el mundo que nos pasó por encima no tenemos sino un refugio para llevar allí todo la agonía, la perversión, el delirio de tal tentativa de darle sentido a tu tragedia. Ese lugar –no puede ser de otro modo– se llama utopía. Y no se olvide que estamos locos, enfermos, y que somos incapaces de movernos de allí en donde nos quedamos prensados.

Hace poco alguien me tendió la mano y también la boca para decirme algo que yo no había entendido. Narrar historias es heredarnos los problemas que los seres humanos aún no logramos resolver: por eso son pocos los temas que obsesivamente escribimos y reescribimos, para no olvidarlos y no permitir que nadie los olvide, y por eso nuestro rol es el de dar la mala nueva de que, porque yo escribo de la deslealtad, del desamor, de la crueldad, y porque ustedes me leen y me entienden, entonces todavía nos hacen daño, y es ese daño el que debemos continuar pasándonos de boca en boca y de mano en mano. Acaso –y esta es la descabellada esperanza de la utopía–, acaso alguna vez, entre todos, logremos desviar el curso del mundo para que el odio, el hambre, la indiferencia, la violación, no marquen nunca más la piel de nadie y entonces sus dolorosas cicatrices se borren incluso de la literatura.

Si hubiera que concluir este triste legado de enseñanzas, revelaciones y verdades que es el oficio de narrar historias, yo agregaría una más. Las historias, con las cuales hacemos daño y pedimos que nos ayuden a sufrir, son el único regalo que podemos dar quienes nos dedicamos a esto. Un mal regalo, cierto porque no puede haber nada benigno en ser mensajero de rancias malas nuevas, y sin embargo este mal regalo guarda una esperanza. Su esperanza: provocar el buen regalo. Toda historia pide otra historia que la transforme. Provocar la capacidad de imaginar aquello que hubo de suceder para que tal historia no ocurriera, es el secreto anhelo. Ver surgir en uno de nuestros lectores una nueva historia que interrumpa o desvíe o haga innecesaria la primera historia, la nuestra, la que viene siendo funesto coro o eco plañidero de bisabuelos a abuelos y de abuelos a padres desde los tiempos inmemoriales.

He aquí lo que -enfermos, locos y ebrios de afán utópico- intentamos en síntesis los aplastados de la tercera opción. Una paradoja, no podía ser de otro modo: hacer historias que, tarde o temprano, se tornen innecesarias y, en definitiva, empujar la imaginación hacia la creencia y luego hacia la existencia de un mundo que nos haga a nosotros innecesarios.

Mi verdad –y repito: sospechen de mí, sean escépticos–: estoy, junto con los otros miles de aplastados, escribiendo las historias trascendentes de nuestro tiempo porque irónicamente son tales historias trascendentes las que están en proceso, ojalá, de la intrascendencia.

La única literatura valiosa, dicho en pocas palabras, es aquella cuyo objetivo sea desaparecer de la piel humana y entonces de la mano humana y entonces de la boca humana. Desaparecer del mundo.

Ser un tradicionalista de la ruptura, concluyo, es sobrevivir –allí donde aplastados no acabamos de morir–, por una sola imagen. Imagínenlo conmigo: infinidad de seres humanos, alineados desde tiempos inmemoriales para llegar hasta el día de hoy, pasándose de mano en mano un acto, o, como si de un beso se tratase, de boca en boca una palabra, o cual si fuese una epidemia, las tristes llagas de mi piel a tu piel, y de pronto descubrir que en mi boca no hay sino silencio y que mi mano nada sostiene y que la herida mía, por siempre abierta, ha cicatrizado al fin. La persona que está delante de mí –imagínenlo, mi amada hija, por ejemplo– me miraría confusa porque yo no le doy sino una nada de la que ella nada entiende, una nada –a Dios, gracias, o mejor dicho A todos los seres humanos, gracias–.de la que ella nada tendrá que entender jamás ¿Lo imaginan?: de mi mano a la mano de mi hija, de mi boca a la boca de Fernanda, de mi piel a tu piel, hijita querida, la desaparición milagrosa del amor que se acaba, del resentimiento, de la bala, del ghetto, del hambre.

Entonces vale la pena no haber muerto; entonces vale enteramente la pena la tristísima literatura.